

I

—¡Mira nomás, esto está llenísimo! —exclamó Yanira, con un mohín—, ¡les dije que compráramos los boletos desde *ayer!*

—¡Sí, qué barbaridad —dijo el gordo Tor, bufando.

Los siete muchachos acababan de llegar a la Terminal de Autobuses del Sur, que se hallaba infestada de paseantes.

—Es por el puente —explicó Érika, con aire serio—. Los días están muy bonitos y todos dicen ¡vámonos de la ciudad!

—Híjole —deslizó Alaín—, ¿habrá boletos?

Los siete se miraron y caminaron con prisa cargando sus maletines, entre la muchedumbre que hacía largas colas en cada mostrador. Homero iba hasta atrás, oyendo su walkman. Llegaron a un extremo de la terminal, donde se vendían los boletos de los omnibuses Cristóbal Colón.

—¡Chin! —exclamó Yanira—, mira qué cola.

—Sí, está larguísima —dijo Érika—, hay que formarse mientras preguntamos a qué horas están saliendo los camiones. Selene, tú fórmate —indicó a la niña más pequeña del grupo, de ocho años de edad.

—¿Yo? ¿Solita? —preguntó Selene, viendo los gentíos.

—Yo me quedo con ella —avisó Tor—, yo la cuido. Yo te cuido, manita.

Selene asintió, satisfecha, y procedió a desenvolver un chicle.

—¿Quieres? —le dijo al gordo.

—Claro.

—Yo voy a preguntar a qué horas salen los camiones —dijo Alaín.

—No, yo voy —asentó Érika.

—Vamos los dos —concluyó Alaín.

Ambos avanzaron entre la gente que hacía cola y lograron llegar al mostrador.

—¿A qué horas...

—...salen los autobuses a Tepoztlán? —terminó de decir Érika, quitándole la palabra a Alaín.

—A las doce y media —respondió, hosco, el dependiente, sin verlos.

—¿A las *doce y media*? —repitieron a coro Érika y Alaín, asombrados.

—O más tarde, si no se forman ahorita —repitió el empleado—. Fórmense, chamacos, porque luego se suspenden las corridas y ya no van a poder salir.

—Pero si apenas son las ocho de la mañana, faltan tres horas para las doce y media —se quejó Érika.

—*Cuatro horas* —corrigió Alaín.

—Fórmense si quieren, escuincles.

Érika y Alaín regresaron, con paso lento, a la cola, donde se hallaban los demás.

—¿Qué creen? —empezó a decir Alaín.

—Hay boletos hasta las *doce y media* —concluyó Érika.
—¿Hasta las doce y media? —repitió Tor, incrédulo—, no se hagan los chistosos.

—No es chiste...

—¿Qué hacemos? —intervino Érika—, si esperamos aquí *cuatro horas* vamos a llegar a Tepoz quién sabe cuándo.

—A las dos de la tarde —precisó Alaín.

—¿*Cuatro horas*? —repitió Tor.

—¿Qué hacemos? —insistió Érika, desazonada.

—Vamos a hablarle a mi papá —propuso Tor—, me dijo que le habláramos si teníamos problemas.

—Ay, *el bebé* —dijo Érika—, no puede hacer nada sin su papito.

—Bueno, pues a ver tú di entonces, ¿qué hacemos?

—¿Y Homero?

—Ahí está atrás, clavado con los audífonos.

—¿No quieres un bubble yum, Érika? —le invitó Sele-
ne, quien logró avanzar cinco centímetros de la cola lar-
guísima.

—A ver —aceptó Érika.

—¡Oigan! ¡Pérense! —casi gritó Yanira, quien apare-
ció entre la gente.

—¿Y tú, dónde andabas? —le preguntó Alaín.

—Te puedes perder... —agregó Érika.

—Ésta siempre se desaparece —dijo Tor.

—Es la Yanira Solitaria —añadió Homero.

—Cállense, ¿no? ¡Déjenme hablar!

—Sí, pero no grites.

—Miren, en lo que ustedes estaban paradotes yo ya fui y averigüé lo que vamos a hacer.